

Un país que no acaba de despegar



Rafael Pampillón Olmedo

Mayo suele ser uno de los mejores meses para el mercado laboral en España, y esta vez no ha sido una excepción. Ayer se dio a conocer que, durante el mes pasado, el empleo ha experimentado un fuerte impulso, destacando especialmente el sector de la hostelería. Este ámbito lideró el crecimiento en la ocupación, con un aumento de 76.000 cotizantes respecto al mes anterior. Le siguieron las actividades administrativas –casi todo en el sector público– con 22.000 nuevos afiliados, el comercio, que sumó 9.350 ocupados, y la agricultura, con 8.000 más. Se han creado en total 195.700 puestos de trabajo. Esto ha permitido a la Seguridad Social alcanzar un récord histórico al superar, por primera vez, los 21,8 millones de afiliados.

Esta creación de empleo ha ido de la mano de un sólido repunte económico. De hecho, durante 2023 y 2024 (con proyecciones optimistas para 2025), España ha liderado el crecimiento del PIB en la Eurozona. Las cifras globales pueden dar la impresión de un avance robusto. Pero, al examinar los fundamentos del crecimiento económico, surgen obstáculos que cuestionan su sostenibilidad. Y ello se debe a que gran parte de este crecimiento descansa en la creación de empleo, especialmente entre trabajadores inmigrantes. Muchos de ellos se integran en sectores de baja productividad como la construcción, la agricultura, la hostelería, el servicio doméstico y el turismo. Además, el PIB por ocupado sigue sin recuperar los niveles previos a la pandemia, lo que indica que se trabaja más, pero no mejor. Como decía el economista y escritor José Luis Sampedro, “desarrollarse no es crecer; crecer es hincharse”.

Esta situación pone de relieve un problema estructural: el crecimiento económico no viene acompañado de una mejora en la eficiencia ni en la calidad del trabajo ni en el nivel de vida. Desde 2018, cuando Pedro Sánchez asumió el poder, los salarios reales se encuentran prácticamente estancados.

Obstáculos estructurales

Pese al dinamismo macroeconómico, los pilares estructurales de la economía española siguen mostrando debilidades, que lastran cualquier intento de crecimiento sostenido. Entre ellos destacan los siguientes: la baja tasa de actividad, la escasez de mano de obra cualificada, las trabas burocráticas y la persistencia de una economía sumergida profundamente arraigada. Esta economía informal continúa siendo una característica estructural del mercado laboral español. Una parte considerable de la actividad se desarrolla fuera de los circuitos formales, erosionando la base fiscal, debilitando las coberturas sociales y fomentando la competencia desleal.

A ello se suma una alarmante escasez de trabajadores cualificados. Muchos sectores no logran cubrir vacantes con perfiles adecuados. Y, al mismo tiempo, proliferan empleos de baja cualificación y escasa productividad. Este fenómeno, estrechamente ligado a las deficiencias del sistema educativo y de la formación profesional, limita las posibilidades del país para competir en sectores de mayor valor añadido.

La llegada de inmigrantes ha contribuido a perpetuar un modelo basado en el empleo barato y poco especializado. En la misma dirección va la Memoria 2024 del Consejo Económico y Social (CES), recién publicada. En este documento, se refuerza la idea de que, aunque España muestra indicadores macroeconómicos positivos, existen profundas debilidades estructurales que impiden que este crecimiento se traduzca en mejoras reales para la población.

Las reformas necesarias

Además, el CES destaca la necesidad de reformas en áreas clave como la vivienda, la productividad laboral y la formación profesional, con el fin de lograr un desarrollo más equitativo y sostenible. Esto exige reformar el sistema educativo, impulsar la formación profesional dual y apostar por el reciclaje laboral continuo. Urge un pacto nacional por el talento que aumente la empleabilidad, mejore la productividad y reduzca el desempleo estructural.

Estas reformas son más apremiantes en un entorno tan complejo como el actual, con tensiones geopolíticas, aranceles más altos, cambios regulatorios, disrupciones en la cadena de suministro y rivalidades tecnológicas. Ante esta situación, España debe desarrollar una estrategia muy diferente.

Conclusión: crecimiento sin rumbo claro

España ha conseguido cifras récord de empleo y ha liderado el crecimiento del PIB en Europa. Pero sin que ello se traduzca en mejoras proporcionales del bienestar, la productividad ni los salarios. De hecho, según Eurostat, el PIB per cápita de España está en 27.740 euros (datos de 2024), lo que nos sitúa en el puesto 14 de la UE, muy lejos de la vanguardia europea. Una muestra de que la baja productividad suele desembocar en un PIB per cápita bajo. Este modelo basado en el aumento de la población activa (y no en la innovación, la cualificación y la inversión inteligente), está tocando techo.

Para garantizar un crecimiento duradero y justo, España necesita cambiar de rumbo. Eso implica un entorno regulatorio más eficiente, una apuesta decidida por la educación, y una economía que premie el valor añadido. Necesitamos otro modelo económico, pues el actual no conduce a un verdadero desarrollo, ni mejora el bienestar general de la población a medio y largo plazo. Debemos salir de este bucle de baja productividad, de empleo precario, y tener ambición de país.

IE Business School y Universidad CEU San Pablo



La formación, clave en la cada vez mayor aportación de los inmigrantes al PIB per cápita.

La inmigración eleva el PIB per cápita hasta 7 décimas al año

INFORME DEL BANCO DE ESPAÑA/ Los inmigrantes trabajan más horas que los españoles, pero su productividad es inferior.

P. Cerezal. Madrid

El PIB per cápita creció con cierta intensidad en los tres últimos años, en la segunda fase de recuperación tras la pandemia, y la inmigración estos años habría jugado un papel fundamental en ello, de acuerdo con los cálculos del Banco de España. En un informe titulado *Una estimación de la contribución de la población extranjera en España al crecimiento del PIB per cápita en el período 2022-2024*, la institución gobernada por José Luis Escrivá calcula que el PIB per cápita creció un 2,9% anual, en promedio, a lo largo de este trienio, y entre cuatro y siete décimas de este avance se debieron a la inmigración, según se considere el criterio de la nacionalidad (cuatro décimas) o el del país de nacimiento (siete).

En concreto, el informe señala que los inmigrantes, más allá de impulsar el PIB en términos agregados, al elevar el número de personas trabajando, también aumenta el PIB per cápita. Es decir, que cada inmigrante supone un beneficio neto para la actividad generada por cada persona, nativa o extranjera. Un impacto positivo se debe “principalmente a dos factores: el avance en el proceso de asimilación –en distintas dimensiones– de los inmigrantes que llegaron a nuestro país a principios de este siglo y las

El salario de los inmigrantes está cada vez más cerca del de los nativos por su mayor formación

mejoras observadas en el nivel educativo y en la distribución ocupacional de los llegados a España en los últimos años”.

Además, el Banco de España sostiene que este efecto positivo se produce en prácticamente todos los elementos que componen el PIB, ya que la inmigración supone un impulso “para la población en edad de trabajar en relación con el total de la población (factor demográfico), la tasa de empleo [la ratio de personas ocupadas por cada una en edad de trabajar] y las horas trabajadas por ocupado (jornada media)”, si bien la productividad por hora trabajada sí se habría resentido por efecto de la inmigración. Con todo, el informe señala que estos beneficios no se extienden a la fase tras el estallido de la burbuja inmobiliaria, cuando el fuerte desplome del número de extranjeros trabajando en la construcción llevó a que la presencia de los inmigrantes en el mercado laboral restara cada año nueve décimas al crecimiento del PIB per cápita en el periodo comprendido entre 2008 y 2013.

Además, el informe constata que el salario de los extranjeros ha crecido con cierta intensidad en los últimos años y se aproxima cada vez más al de los españoles, debido tanto a la mayor formación de los primeros como a la ocupación en actividades mejor pagadas. “De acuerdo con la Encuesta de Estructura Salarial [del Instituto Nacional de Estadística], se advierte una reducción del diferencial del salario por hora entre nacionales y extranjeros”, indica el texto. “Este resultado sería coherente con el proceso de asimilación de las olas de inmigrantes que entraron a principios de este siglo y con el aumento que se aprecia en el nivel educativo de los extranjeros que han llegado en los últimos años, así como con un cierto desplazamiento de estos hacia actividades que exigen una mayor cualificación, las cuales, normalmente, son más productivas”, añade.

Con ello, además, el Banco de España también rechaza la idea de que la llegada de inmigrantes a España deprime los salarios, perjudicando a los españoles. “La evidencia empírica disponible para España sugiere que la inmigración no tiene efectos negativos significativos sobre las oportunidades de empleo ni sobre los salarios para el conjunto de los trabajadores nativos”, indica el informe.